
Prólogo

GONZALO RUIZ ZAPATERO

*Catedrático de Prehistoria
Universidad Complutense de Madrid*

Este libro recoge la investigación realizada sobre las motillas de La Mancha -singulares poblados fortificados de la Edad del Bronce-, amplía y corrige el catálogo de yacimientos y alza una clara voz de alarma sobre su destrucción parcial, aunque en algunos casos total, durante las últimas décadas. Su autor cuenta con una amplia experiencia en la Arqueología de Gestión y es consciente -como buen arqueólogo- de que la arqueología no sólo excava, sino que su último objetivo es la publicación, la protección y conservación del Patrimonio Arqueológico, así como la eficaz divulgación social para su disfrute. Sólo por esta razón sería importante y oportuno el presente texto. Pero situemos primero, aunque sea brevemente, el trasfondo cronológico y cultural de esta historia.

En el siglo XXIV a. C. las sociedades de la Edad del Cobre que habían ocupado las tierras manchegas, formando pequeñas comunidades con unas formas de vida itinerante y levantando campamentos de estructuras efímeras, entraron en un nuevo tiempo y protagonizaron cambios culturales muy importantes. Probablemente condicionados por los cambios climáticos que reconocemos a nivel general, los grupos humanos fueron buscando formas de vida sedentarias, con poblados en altura -sin defensas artificiales o fortificados (morras)- y poblados en las llanuras fluviales -unos fuertemente fortificados (motillas) y otros abiertos, con simples cabañas y silos de almacenaje-. Aunque estamos lejos de conocer bien cómo se articularon las comunidades de estos diversos tipos de asentamientos en la geografía manchega de la Edad del Bronce sí parece evidente que la movilización de trabajo colectivo que implican las impresionantes defensas de las motillas y la protección tras sus muros del grano, ganado, talleres metalúrgicos y alfareros, mercancías y agua en aljibes o grandes pozos, atestiguan grupos jerarquizados que controlaban

pequeños territorios a su alrededor. Sea como fuere, lo cierto es que a lo largo de algo más de un milenio las comunidades manchegas dejaron su impronta en el paisaje y desarrollaron una brillante cultura, que sólo en las últimas décadas estamos empezando a desenterrar.

De esa cultura del Bronce de La Mancha los sitios más espectaculares son, sin duda, las motillas. Y aunque hace apenas cuarenta años ignorábamos su estructura y funcionalidad, algunos proyectos conducidos en los últimos años están sacando a la luz la precisa anatomía de estos yacimientos. Y, de forma especial, los trabajos de Universidad de Granada (F. Molina y T. Nájera) en la Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real) han resultado ejemplares desde el punto de vista investigador y han conseguido que la propuesta de presentar al público una gran fortaleza con tres recintos murados, una torre central y el pozo de agua más antiguo de España cuente con el apoyo decidido de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. En una reciente visita al yacimiento el presidente de la Junta declaraba que *“esta fortaleza es toda una metáfora para nosotros y nuestra tierra”*, al tiempo que recordaba que el pozo protegido del Azuer, de 4200 años de antigüedad, revela la importancia que ya entonces tenía el agua y representa un gran ejemplo de la necesidad de aprender del pasado.

Pero frente a este esperanzador futuro para, al menos, algunos de los asentamientos de la Edad del Bronce es preciso recordar que la historia de las motillas manchegas ha sido una historia triste. Este trabajo muestra, por un lado, la crónica del descubrimiento tardío de las motillas, ya que los primeros trabajos arqueológicos con moderna metodología son de los años 1970. Pero sobre todo muestra, por otro lado y con admirable valentía, la triste crónica de un abandono institucional y de una rápida destrucción reciente, que resulta todavía más triste y lamentable. De la información aportada en este libro se deduce que el registro arqueológico conocido hoy es de tan solo 31 motillas, en 6 de las cuales han realizado intervenciones arqueológicas modernas. De ellas únicamente 4 han tenido varias campañas (Las Cañas, El Acequión, Retamar y Azuer). Podemos afirmar que conocemos aceptablemente bien dos: Azuer y El Acequión; es decir, un 6% del conjunto. Y, encima, El Acequión y Retamar, tras las actuaciones arqueológicas, han caído en el abandono y no han tenido programas de consolidación y protección, por lo que su deterioro es inevitable. Se podría argumentar que en otras áreas y periodos contamos con intervenciones en fracciones similares del total de yacimientos conocidos y sería cierto. Pero hay una circunstancia que me parece mucho peor que la

pequeña muestra de registro arqueológico conocida: el grado de destrucción y, además, de destrucción reciente de los yacimientos.

Al menos 16 motillas han sido parcial o completamente arrasadas ilo que supone algo más del 50%! Algo realmente dramático. La destrucción, en muchos casos no parece poder distinguir entre incidental e intencional¹, ya que las evidencias arrasadas en nivelaciones de terreno para la agricultura debieron ser de tal calibre que los agricultores tuvieron que ser conscientes del destrozo de restos antiguos que cometían. Veamos en más detalle este aspecto siniestro. Las remociones de clandestinos (y así contabilizamos una intervención de la triste *Misión Rescate*² de TVE de los años 1970) se documentan en 5 motillas, un 16 % de la muestra. Todas realizadas en los últimos 40 años. Las tareas agrícolas y actuaciones relacionadas con ellas han afectado a 8 motillas; es decir, casi al 25% de las estructuras. Se recoge aquí la trágica narración del arrasamiento de la Motilla de Torralba a finales del siglo XIX³ y se atribuyó, con toda razón, a “*la codicia del labrador (...) juntamente con el abandono y la incuria...*”. Lo lamentable es que idénticas destrucciones se han producido en las motillas de La Membrilleja, La Jacidra, Barrios, Perales, Los Romeros, Zuacorta y La Máquina -desde los años 1970 a 2002 en que se arrasó la última- por los mismos motivos. Pero ahora hay que añadir, para mayor indignación, el abandono y la incuria de la propia Administración autonómica. Por último, diversas obras y explotaciones han afectado a las motillas de Los Palacios (cantera), Espino (ermita) y Juez (camino y calera), representando poco más del 10% del total de sitios. La pérdida reconocida en los yacimientos arqueológicos es tremenda, se ha producido en las últimas décadas y en varios casos ha supuesto la eliminación total de los sitios. Y casi todo sólo por aprovechar un poco más de suelo agrícola. La responsabilidad de las destrucciones de Patrimonio Arqueológico, a finales del siglo XX, no es sólo de los agricultores; creo que las Administraciones, por incapacidad o negligencia, han tenido una buena parte de ella. Ya es hora de construir discursos que compaginen el desa-

¹ NICKENS, P. R. (1990): “The destruction of archaeological sites and data”, (<http://www.nps.gov/seac/protecting/html/3a-nickens.htm>). Acceso: 20-III-2009.

² LUCAS PELLICER, R. (1991): “La arqueología no profesional: antecedentes y panorama actual”, en Olmos Romera, R. y Arce Martínez, J. (coords.): *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España: (Siglos XVIII-XX)*, pp. 237-242. Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988. Madrid, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales.

³ HERVÁS Y BUENDÍA, I. (1898): *La Motilla de Torralba*. Mondoñedo. Pg. 556.

rrollo económico con la protección del Patrimonio Arqueológico⁴; un recurso -hay que insistir- que no es renovable. La mayor obligación actual de la Administración no es promover muchas excavaciones; es realmente asegurar la protección de los yacimientos para que puedan ser una reserva a investigar en el futuro. Hay que investigar para proteger y proteger para legar a las futuras generaciones yacimientos con historias que puedan ser desentrañadas por los arqueólogos de las próximas centurias. Tenemos que legar las narrativas sobre los yacimientos que excavamos, pero también las narrativas encapsuladas en yacimientos íntegros, auténticos archivos de la tierra.

Este libro constituye la mejor llamada de atención al problema que estamos tratando.

El Patrimonio Arqueológico es un patrimonio muy frágil⁵ y por tanto muy difícil de proteger; de ahí el valor de documentar y proteger los sitios del pasado para el futuro. Y por eso tienen tanta importancia los inventarios y cartas arqueológicas⁶, tarea en la que -a pesar de los esfuerzos de los últimos años- todavía queda mucho por hacer⁷. Después hay que conseguir que los inventarios se usen en cualquier trabajo de ordenación del territorio, porque si no la tarea será incompleta. Pero, ciertamente, mal se respeta lo que no se conoce y creo que en la destrucción arqueológica de las motillas han sido mayoritariamente el desconocimiento del pasado y del significado de los restos arqueológicos los responsables de las actuaciones ilegales. No quiero polemizar con la Administración de Castilla-La Mancha, pero ciertamente existen, desde el traspaso de competencias en Arqueología de los años 1983/1985, una serie de datos que ayudan a entender el contexto de las destrucciones de las tres últimas décadas del siglo pasado en su territorio, como son:

a.- La escasa tradición de la investigación arqueológica en la región.

⁴ En Ciudad Real una plataforma ciudadana se ha movilizado para la protección del patrimonio con un inteligente eslogan: "SOS Patrimonio de Ciudad Real. Construcción sin destrucción". En (www.ciudad-real.es/patrimonio/plataforma/plataforma.php). Acceso: 20-III-2009.

⁵ HANSEN, H. J. y QUINE, G. (eds.) (1999): *Our fragile heritage. Documenting the past for the future*. Copenhagen, National Museum of Denmark.

⁶ JIMENO, A., DEL VAL, J.M. y FERNÁNDEZ, J.J. (Eds.) (1993): *Inventarios y Cartas Arqueológicas. Homenaje a Blas Taracena. 50 Aniversario de la Primera Carta Arqueológica de España*, 239-246. Valladolid, Junta de Castilla y León.

⁷ RUIZ ZAPATERO, G. y JIMENO MARTÍNEZ, A. (1999): "Archaeological inventories in Spain: problems and solutions in a decentralized country", en Hansen, H.J.-Quine, G. (eds.): *Our Fragile Heritage. Documenting the Past for the Future*, 35-49. Copenhagen, National Museum of Denmark.

b.- La lenta y tardía dotación de personal cualificado en la Consejería de Cultura. Por ejemplo, ha sido la última Comunidad Autónoma en dotar las plazas de arqueólogo territorial en cada provincia.

c.- La reciente y débil implantación de equipos arqueológicos en la universidad.

d.- La falta de revistas y publicaciones periódicas especializadas.

e.- La escasa tarea divulgadora, con pocos museos, pocos yacimientos visitables, pocas reuniones y actividades públicas relacionadas con la Arqueología y ausencia de publicaciones de divulgación arqueológica. Por señalar algún detalle es la única Comunidad Autónoma que carece de una Guía Arqueológica⁸.

Es verdad que en los últimos años la Administración castellano-manchega⁹ ha mejorado bastantes cosas. Por un lado, la creación de la Red de Parques Arqueológicos con cinco centros, de la que ha realizado una importante campaña publicitaria, y una Red de Yacimientos Visitables que va creciendo poco a poco. Por otro lado, ha ido incrementando las publicaciones¹⁰ y dando apoyo económico a los mejores proyectos de investigación. Muy relevante es la inversión realizada y comprometida en la Motilla del Azuer y desde luego plenamente justificada por la calidad de los trabajos arqueológicos y porque, en el fondo, las motillas deberían ser algo así como el buque insignia de la Arqueología castellano-manchega. Son monumentos espectaculares de la Edad del Bronce, con total personalidad porque son únicos en la Península Ibérica y, por tanto, un Patrimonio Arqueológico muy particular y emblemático.

En fin, tal y como decía José M^a Barreda, constituyen un espléndida metáfora prehistórica de la tierra y sus gentes. Un parque arqueológico en el Azuer ayudará a divulgar con mucha eficacia, a proveer de conocimiento a la población local y, en definitiva, a ser un eficaz cortafuegos contra las actividades ilícitas y destructivas que se han cebado en estos monumentos de la Edad del Bronce.

Además de la investigación y presentación de las motillas quedan muchas tareas en la Edad del Bronce manchega:

⁸ GONZÁLEZ ALCAIDE, G. y BLAY FELIU, C. (2008): "Las publicaciones divulgativas como vehículo de difusión del patrimonio arqueológico: bibliografía de guías arqueológicas en España 1975-2005", en *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 6 (1): 69-82.

⁹ Ver algunos datos en: (www.patrimoniohistoricoclm.es/). Acceso 21-III-2009.

¹⁰ Una primera aproximación en: (<http://www.jccm.es/cultura/publicaciones/patrimonio.htm>). Acceso 21-III-2009.

a.- Continuar las prospecciones, como las modélicas en La Mancha oriental iniciadas por el equipo de Fernández-Miranda, Fernández Posse, Martín y Gilman¹¹.

b.- Progresar en la excavación de los asentamientos en llano sin fortificar y elucidar la naturaleza de sus relaciones con las motillas y los poblados en alto.

c.- Elaborar una secuencia interna del grupo arqueológico, ampliando el elenco de dataciones radiocarbónicas.

d.- Profundizar en las formas de subsistencia y relaciones económicas dentro y fuera de la región.

e.- Explorar más y mejor la emergencia del grupo y también su desaparición final. Y, como este libro sugiere, hacerlo en estrecha conjunción con la investigación paleoambiental y climática entre mediados del tercer milenio y los comienzos del primer milenio a. C.

A ello se suma toda la investigación que los materiales arqueológicos todavía demandan.

La Arqueología del siglo XXI exigirá nuevas formas de hacer Arqueología, de estrechar los lazos con las poblaciones locales en lo que se denomina “Arqueología de Comunidad”¹²; es decir implicando a las comunidades locales en la defensa, investigación y protección de los yacimientos, y sin duda, nuevas formas de comunicar dentro y fuera de la profesión¹³.

Pero para que todo eso sea posible lo primero es asegurar la conservación del registro arqueológico. Ya se ha perdido demasiada información sobre las motillas como para frenar en seco esa tendencia.

En mi opinión, el actualizado catálogo de los yacimientos y su situación y el valiente alegato contra su destrucción constituyen los valores más im-

¹¹ FERNÁNDEZ-POSSE, M^a D., GILMAN, A., MARTÍN, C. y BRODSKY, M. (2008): *Las comunidades agrarias de la Edad del Bronce en La Mancha Oriental (Albacete)*. Madrid, CSIC-Instituto de Estudios Albacetenses (Biblioteca Praehistorica Hispana, XXV).

¹² Sobre el concepto véase: MARSHALL, Y. (2002): “What is community archaeology?”, en *World Archaeology*, 34(2), pp. 211-219, y una completísima y actualizada entrada sobre *Community archaeology* en la Wikipedia (http://en.wikipedia.org/wiki/Community_archaeology). Acceso 21-III-2009.

¹³ Un conjunto de estimulantes ideas y propuestas puede verse en: CHIPPINDALE, CH. (2005): “Colleagues, Talking, Writing, Publishing”, en Maschner, H. D. G. y Chippindale, Ch. (eds.) *Handbook of Archaeological Methods*, vol. II: 1339-1371. Londres, Altamira Press; MERRIMAN, N. (ed.) (2004): *Public Archaeology*. Londres/Nueva Cork, Routledge; y más recientemente en el Dossier del *European Journal of Archaeology*, 10 (2-3), 2007, sobre *Communication in Archaeology*, con textos muy sugerentes de A. HARDING, M. CARVER, C. HOLTORF, J.E. LEVY, D. SCHERZLER y N. VENKLOVÁ.

portantes de esta obra. Que lo haya escrito un arqueólogo de gestión, acostumbrado a ver como se erosiona el Patrimonio Arqueológico, le confiere un valor añadido. Porque en definitiva, todos los arqueólogos, trabajemos donde trabajemos, tenemos que ser una sola cosa: arqueólogos comprometidos; comprometidos con el Patrimonio y con la ciudadanía.

Las motillas manchegas merecen un futuro mejor que el reciente pasado que han sufrido. Son trozos de historia, parte de la identidad de las gentes de esta tierra y pueden ser un atractivo de turismo cultural que reporte beneficios económicos a las comunidades locales.

Pero sólo el sostenimiento de la investigación y la protección efectiva de los sitios pueden lograr esos objetivos.

Madrid, 21 de marzo 2009